Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

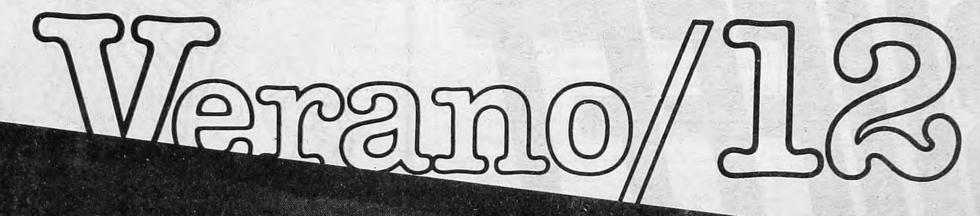
				B	R
5	2	6	1	4	0
1	3	4	8	0	1
2	9	6	8	1	1
5	7	0	3	1	0
4	2	0	9	1	0
3	9	7	5	0	1
9	3	8	1	1	0

SOLUCION / Pág. 4

BUFFET FREUD

Página/2/3





LA FUENTE DE LOS DESEOS

(Por Adrián Abonizio) "¿Sentís? Phil Collins" me dice la rubia, como aletargada en una música superior, brotada de las estrellas. Canciones iguales y en serie, pienso, pero le digo: "Ajá". En ese momento entra ella. Podría ser María, María de Nadie, bien reiterado por el lugar común, María de Nadie, novelón y después, pero ella es Alika. Así como suena, parece Alikal, como el efervescente; ella me lo dijo, es hija de neuquinos, padres idos al más allá en el más acá villero del Gran Buenos Aires; tu llevar curitas, almanaques, bayaspirinas (porque no sólo bayas, le dije una noche, si son de tu tierra). Y ella rió con su dentadura de animal sano y siguió deambulando por las mesas y se perdió después en la noche ahí afuera, bajo el neón verde que dice Garden Brothers (¿Hermano del jardín? ¿Jardín de hermanos?).

"Suena a bayas", le repito hoy, ante la rubia, extasiada en un momento dorado de ensoñamiento previsible, porque a eso ha venido conmigo al bar: a conceder, a caer como en un pozo de recurrencias incluidas sus largas piernas que muestra y también lo que ha de suceder después, en su casa, en la mía.

"Comprale", gime. Es sensible, me pide, alardea que sufre con el hambre ajeno y más si son negritas argentinas como ésta, cosidas a golpes, con una añeja herida al lado de la boca lastimada, quién sabe en qué batalla, oliente a charca y pobreza y perros.

"Dale, comprale, por favor", insiste. "No", le corto yo. "Ella tiene abono completo", le contesto. La rubia sonríe sin entender. Alika se desliza por entre las mesas como en puntas de pie. Desaparece detrás, en el patio a cielo abierto con parejas y la Fuente de los Deseos. Antes me había extendido la mano como siempre que me ve y yo le había puesto en ella dos monedas con el acuerdo, nunca respetado, por supuesto, que una la tire a la fuente y que pida tres deseos o uno solo bien grande, que se le van a cumplir, le dije alguna noche muy serio y ella asintió como respetando el conjuro. Estoy en el baño, termino de orinar, me estoy lavando las manos y por la puerta entreabierta pasa hacia el salón una morocha descomunal vestida de blanco, con flores en la cabeza. La espío y veo que toma asiento en la barra y se sonríe sola, ante el espejo esfumado por donde aparece el barman solícito a atenderla. Cuando paso cerca, embelesado por las piernas que cruza con desgano y le atisbo la espalda desnuda, negroide, me para en seco su voz: "Por favor, eh, eh, a vos, vení". Me detengo, me acerco y la miro hasta el fondo de las pupilas. Me apoya su mano en mi hombro, familiarmente: "Por favor, ayudame, estoy tan asustada". Le quito suavemente el vaso de alcohol de su mano, intuyo que la rubia debe estar echando chispas, que todo este maldito Garden Brothers nos escucha: "Sacame de acá, loco, ¿qué hicimos?", y en el instante en que me acerca la cara bellísima al costado de la mía, reconozco, totalmente alucinado, la cicatriz tantas veces demarcando el costado de su sonriente boca neuquina.

BUFFET FREUD



Por

Rudy, conocido por los lectores de este diario a causa de los chistes de tapa y el suplemento **Sátira/12**, desarrolla a continuación una teoría sobre el pago en psicoanálisis, tal como aparecerá en la segunda edición, corregida y aumentada, de su libro "Buffet Freud" que Ediciones de la Flor publicará en el próximo mes de abril. Un texto ideal para psicoanalizados que a principios de marzo volverán a poner sus complejos y sus dinerillos en el diván.

La discusión acerca del pago en psicoanálisis ha sido, a lo largo de la historia, extensa, y en gran parte inútil. La mayoría de los profesionales tiene sus propias ideas al respecto y las aplica según su leal saber, entender e interpretar. Inclusive, más de un simposio al respecto terminaba abruptamente cuando alguno de los colegas intervinientes quería cobrar por su presencia, mientras que otros sugerían, por el contrario, que debería pagar por hablar, como cualquier paciente haría.

Sin embargo, algunos puntos de acuerdo fueron alcanzados entre los disertantes, y consideramos oportuno mencionarlos aquí para que de algún modo quede una marca, aunque sea mínima, de los acuerdos que alguna vez han sido alcanzados entre analistas que discutían, lo cual pueda servir al menos para sentar jurisprudencia y actuar como ejemplo para los analistas del futuro, si éstos se detienen a leer este texto antes de continuar con su propia discusión.

Comencemos entonces a desarrollar los puntos de acuerdo. El primero, también conocido como "regla fundamental", se refiere a "quién es el que paga". En esto, todos fueron taxativos: "El que paga es el paciente". O, en su versión complementaria: "El que cobra es el analista". Hubo quien prefirió utilizar, en lugar de "paciente", los términos: "analizante", "analizado", "sujeto del supuesto dinero", "sujeto abonante mensual" (SAM), o "Yo que paga". Pero, más allá de divergencias lingüísticas, el concepto es coincidente.

El segundo aspecto acordado es que el paciente pagará también por aquellas sesiones a las que no concurra, siempre que éstas formen parte de su propio tratamiento. En caso de tratarse de sesiones a las que un paciente no concurre por el hecho de ser sesiones correspondientes a otro paciente, será este otro el encargado de abonarlas, y no el primero, cuyas motivaciones, en caso de quejarse en este sentido, deberán ser tenidas por válidas y no interpretadas.

Tal vez suene algo extraño y forzado este último párrafo. Es posible que más de uno invoque su innecesariedad, ya que, según este supuesto lector, ningún analista le cobraría a un paciente las sesiones de otro. Sin embargo, he aquí un ejemplo clínico que tal vez resulte útil al respecto.

Fragmento de una sesión

—Mire, licenciado, yo vengo los lunes y jueves, o sea que este mes me corresponden 9 sesiones, y no 31 como usted me señaló.

—En realidad, Gómez, usted parece pensar que el tratamiento sólo está presente cuando usted está aquí, es como si al salir del consultorio usted creyera que yo me olvido de usted.

—No, licenciado, yo no creo que usted se olvide de mí.

—Entonces es usted quien se olvida de mí, snifff.

—Pero no, licenciado, yo también me acuerdo de usted; es más, muchas veces me da bronca porque me imagino que está usted atendiendo a otros pacientes.

—¿Ve, Gómez? Usted cree que sólo estuvo en 9 sesiones, pero contando las de los otros pacientes por las que usted tuvo bronca, da 31.

—Pero, licenciado, ¿por qué voy a pagar yo las sesiones de los otros pacientes?

—Ay, Gómez, Gómez. Usted lo pone todo en términos de disociación. "Yo-no yo", como si fuera un niño de dos años. ¿Cuándo piensa crecer, Gómez?

—¿Pagar las sesiones de los otros pacientes sería crecer, licenciado?

—Usted lo ha dicho, Gómez, no he sido yo. Vaya insight el suyo. Al pagar las sesiones de los otros pacientes, usted deja de comportarse como un niño consentido del que hay que ocuparse, para pasar a ser un adulto, una suerte de padre capaz de hacerse cargo de sus hijos .

—Pero si yo no tengo hijos, licenciado.

—Qué barbaridad, Gómez, otra vez la resistencia. Usted puede no tener hijos en un plano real, pero sí hijos simbólicos. Además, en lo inconsciente usted debe tener hijos y, si no, ya es hora de que los tuviera.

—Pero, licenciado; ¡me está hablando como si fuese mi mamá!

—Ya lo quisiera usted, Gómez, ya lo quisiera usted.

—Mire, licenciado, lo de los hijos yo más o menos lo entiendo. Pero, ¿por qué iban a ser mis hijos sus otros pacientes? ¿No serían en todo caso mis hermanos de diván?

—Claaaro, y en ese caso yo sería el padre que los debe cobijar a todos, ¿no? No, Gómez, de ninguna manera pienso hacerme cargo de la responsabilidad que usted está tratando de endilgarme. Si no quiere ser un buen padre, sea por lo menos un hermano mayor que cuida de los más pequeños.

—Tal como mi hermano cuidaba de mí.

—Tal como mi hermano cuidaba de mí, digo: tal como su hermano cuidaba de usted. Así podrá usted reparar la culpa que siente por no haber podido devolverle a su hermano el esfuerzo por él realizado. Vamos, Gómez, sólo 800 dólares.

—¿800? ¡Pero si usted me cobra 20 dólares la sesión: y 31 por 20 son 620!

—Vamos, Gómez, no sea obsesivo-retentivo. No pierda tanto tiempo haciendo cuentas. Mire, algunas sesiones corresponden al mes pasado, y tengo que cubrirme, ¿sabe?

—¿Y a mí, quién me cubre?

—¿Quién lo cubre? ¿Quién será la mamita que le pone la frazadita para no morirse de frío? Siempre lo mismo, Gómez, siempre yo, siempre el hijo único consentido por sus padres.

—Pero, qué hijo único, qué hijo único, si recién le dije que a mí me cuidaba mi hermano.

—Sí, y lo cuidaba como si usted fuese su hijo único, ¿no?

Esto podría seguir y seguir, pero para nuestro ejemplo alcanza. El punto es que entonces cada paciente paga sus sesiones y listo.

Una tercera cuestión, algo más discutida aunque no mucho, es la que dice que los honorarios aumentan. La polémica se origina no tanto alrededor de esta premisa, sino sobre la manera de implementarla. Sobre todo en cuanto al monto y la frecuencia de dichos aumentos. Mientras algunos proponen un ajuste acorde con el costo de la vida, hay quienes se remiten a la cotización del dólar (esta pauta no es muy buena para EE.UU., donde 1 dólar = 1 dólar, según la ecuación dólar-dólar). Están quienes cobran de acuerdo con el número de interpretaciones, al costo de las obras completas de Freud, según el contenido manifiesto o latente de un sueño del paciente (o del analista) transducido a su número correspondiente en el código de la quiniela. Hay quien opina que se debe cobrar de acuerdo con el deseo del analista, ya que éste no se debe poner de manifiesto en otros aspectos del tratamiento. Finalmente, la aplicación de todas estas pautas sucesiva o simultáneamente tampoco es ajena a la práctica.

Algunos analistas de niños proponen utilizar la ecuación heces-dinero, según la cual los honorarios aumentarían estruendosamente en verano, a causa de la diarrea estival.

Desde una óptica más kleiniana, hay quien piensa en el dinero como el objeto más preciado dentro de los que circundan al yo. Sería un objeto transaccional con el cual el paciente estaría en estrecho contacto desde su más tierna infancia. Se piensa, dentro del terreno de la psicopatología, en ciertos cuadros, lindantes con la psicosis, cuyo origen tendría que ver con que el paciente no haya recibido dinero bueno sino dinero malo (falso) en sus primeras experiencias.

Así, el paciente sigue sintiéndose abandonado y pendiente de la deuda que el mundo tendría para con él. Veamos ahora un fragmento de sesión que tal vez pueda servir de referente.

Fragmento de sesión (otro más)

—Usted siempre se la pasa esperando algo de mí, como si yo fuese su madre nutricia.

—Pero, licenciado, si yo recién le pagué y estoy esperando el vuelto.

—Ahora usted se siente su mamá acabando de nutrirme y esperando que yo, que vendría a ser usted niño, haga un provechito como devolución.

—No, no es eso lo que espero.

—Ah, entonces su mamá, o sea usted, piensa que usted, o sea yo, no le va a dar el vuelto, que me voy a quedar con él, o sea que usted no le va a dar el vuelto a mamá.

—No, mamá, no me quiero quedar con el vuelto, tomá.

—Gracias, señor Rodríguez. ¿La seguimos en la próxima, eh?

—Pero, mamita, digo, licenciado...

—Cállese o ya va a ver cuando venga papito. Y ahora, acuéstese en el diván, que está en penitencia.

—Licenciado, ¿puedo hablar?

—Pero usted me pregunta como si yo fuera su madre. Usted sabe que acá puede hablar .

—Lo que pasa, licenciado, es que estoy confundido con esto del pago y el vuelto.

—Usted intenta entrar en confusión, porque le da envidia pagarme.

—Evidia y gratitud.

—Tótem y tabú.

—Duelo y melancolía.

—Los instintos y sus destinos.

—El chiste y su relación con el inconsciente.

—Bueno, con este juego de repetir obras de psicoanalistas usted se está comportando como si fuéramos dos niños, hijos de psi-

BUFFET FREUD

Rudy, conocido por los lectores de este diario a causa de los chistes de tapa y el suplemento Sátira/12, desarrolla a continuación una teoría sobre el pago en psicoanálisis, tal como aparecerá en la segunda edición, corregida y aumentada, de su libro "Buffet Freud" que Ediciones de la Flor publicará en el próximo mes de abril. Un texto ideal para psicoanalizados que a principios de marzo volverán a poner sus complejos y sus dinerillos en el diván.

Por Rudy

La discusión acerca del pago en psicoanálisis ha sido, a lo largo de la historia, extensa, y en gran parte inútil. La mayoría de los profesionales tiene sus propias ideas al respecto y las aplica según su leal saber, entender e interpretar. Inclusive, más de un simposio al respecto terminaba abruptamente cuando alguno de los colegas intervinientes quería cobrar por su presencia, mientras que otros sugerían, por el contrario, que debería pagar por hablar, como cualquier paciente haría.

Sin embargo, algunos puntos de acuerdo fueron alcanzados entre los disertantes, y consideramos oportuno mencionarlos aquí para que de algún modo quede una marca, aunque sea mínima, de los acuerdos que alguna vez han sido alcanzados entre analistas que discutían, lo cual pueda servir al menos para sentar jurisprudencia y actuar como ejemplo para los analistas del futuro, si éstos se detienen a leer este texto antes de continuar con su propia discusión.

Comencemos entonces a desarrollar los puntos de acuerdo. El primero, también conocido como "regla fundamental", se refiere a "quién es el que paga". En esto, todos fueron taxativos: "El que paga es el paciente". O, en su versión complementaria: "El que cobra es el analista". Hubo quien prefirió utilizar, en lugar de "paciente", los términos: "analizante", "analizado", "sujeto del supuesto dinero", "sujeto abonante mensual" (SAM), o "Yo que paga". Pero, más allá de divergencias lingüísticas, el concepto es coincidente.

El segundo aspecto acordado es que el paciente pagará también por aquellas sesiones a las que no concurra, siempre que éstas formen parte de su propio tratamiento. En caso de tratarse de sesiones a las que un paciente no concurre por el hecho de ser sesiones correspondientes a otro paciente, será este otro el encargado de abonarlas, y no el primero, cuyas motivaciones, en caso de quejarse en este sentido, deberán ser tenidas por válidas y no interpretadas.

Tal vez suene algo extraño y forzado este último párrafo. Es posible que más de uno invoque su innecesariedad, ya que, según este supuesto lector, ningún analista le cobraría a un paciente las sesiones de otro. Sin embargo, he aquí un ejemplo clínico que tal vez resulte útil al respecto.

Fragmento de una sesión

—Mire, licenciado, yo vengo los lunes y jueves, o sea que este mes me corresponden 9 sesiones, y no 31 como usted me señaló.

—En realidad, Gómez, usted parece pensar que el tratamiento sólo está presente cuando usted está aquí, es como si al salir del consultorio usted creyera que yo me olvido de usted.

—No, licenciado, yo no creo que usted se olvide de mí.

—Entonces es usted quien se olvida de mí, snifff.

—Pero no, licenciado, yo también me acuerdo de usted; es más, muchas veces me da bronca porque me imagino que está usted atendiendo a otros pacientes.

—¿Ve, Gómez? Usted cree que sólo estuvo en 9 sesiones, pero contando las de los otros pacientes por las que usted tuvo bronca, da 31.

—Pero, licenciado, ¿por qué voy a pagar yo las sesiones de los otros pacientes?

—Ay, Gómez, Gómez. Usted lo pone todo en términos de disociación. "Yo-no yo", como si fuera un niño de dos años. ¿Cuándo piensa crecer, Gómez?

—¿Pagar las sesiones de los otros pacientes sería crecer, licenciado?

—Usted lo ha dicho, Gómez, no he sido yo. Vaya insight el suyo. Al pagar las sesiones de los otros pacientes, usted deja de comportarse como un niño consentido del que hay que ocuparse, para pasar a ser un adulto, una suerte de padre capaz de hacerse cargo de sus hijos .

—Pero si yo no tengo hijos, licenciado.

—Qué barbaridad, Gómez, otra vez la resistencia. Usted puede no tener hijos en un plano real, pero sí hijos simbólicos. Además, en lo inconsciente usted debe tener hijos y, si no, ya es hora de que los tuviera.

—Pero, licenciado; ¡me está hablando como si fuese mi mamá!

—Ya lo quisiera usted, Gómez, ya lo quisiera usted.

—Mire, licenciado, lo de los hijos yo más o menos lo entiendo. Pero, ¿por qué iban a ser mis hijos sus otros pacientes? ¿No serían en todo caso mis hermanos de diván?

—Claaaro, y en ese caso yo sería el padre que los debe cobijar a todos, ¿no? No, Gómez, de ninguna manera pienso hacerme cargo de la responsabilidad que usted está tratando de endilgarme. Si no quiere ser un buen padre, sea por lo menos un hermano mayor que cuida de los más pequeños.

—Tal como mi hermano cuidaba de mí.

—Tal como mi hermano cuidaba de mí, digo: tal como su hermano cuidaba de usted. Así podrá usted reparar la culpa que siente por no haber podido devolverle a su hermano el esfuerzo por él realizado. Vamos, Gómez, sólo 800 dólares.

—¿800? ¡Pero si usted me cobra 20 dólares la sesión: y 31 por 20 son 620!

—Vamos, Gómez, no sea obsesivo-retentivo. No pierda tanto tiempo haciendo cuentas. Mire, algunas sesiones corresponden al mes pasado, y tengo que cubrirme, ¿sabe?

—¿Y a mí, quién me cubre?

—¿Quién lo cubre? ¿Quién será la mamita que le pone la frazadita para no morirse de frío? Siempre lo mismo, Gómez, siempre yo, siempre el hijo único consentido por sus padres.

—Pero, qué hijo único, qué hijo único, si recién le dije que a mí me cuidaba mi hermano.

—Sí, y lo cuidaba como si usted fuese su hijo único, ¿no?

Esto podría seguir y seguir, pero para nuestro ejemplo alcanza. El punto es que entonces cada paciente paga sus sesiones y listo.

Una tercera cuestión, algo más discutida aunque no mucho, es la que dice que los honorarios aumentan. La polémica se origina no tanto alrededor de esta premisa, sino sobre la manera de implementarla. Sobre todo en cuanto al monto y la frecuencia de dichos aumentos. Mientras algunos proponen un ajuste acorde con el costo de la vida, hay quienes se remiten a la cotización del dólar (esta pauta no es muy buena para EE.UU., donde 1 dólar = 1 dólar, según la ecuación dólar-dólar). Están quienes cobran de acuerdo con el número de interpretaciones, al costo de las obras completas de Freud, según el contenido manifiesto o latente de un sueño del paciente (o del analista) transducido a su número correspondiente en el código de la quiniela. Hay quien opina que se debe cobrar de acuerdo con el deseo del analista, ya que éste no se debe poner de manifiesto en otros aspectos del tratamiento. Finalmente, la aplicación de todas estas pautas sucesiva o simultáneamente tampoco es ajena a la práctica.

Algunos analistas de niños proponen utilizar la ecuación heces-dinero, según la cual los honorarios aumentarían estruendosamente en verano, a causa de la diarrea estival.

Desde una óptica más kleiniana, hay quien piensa en el dinero como el objeto más preciado dentro de los que circundan al yo. Sería un objeto transaccional con el cual el paciente estaría en estrecho contacto desde su más tierna infancia. Se piensa, dentro del terreno de la psicopatología, en ciertos cuadros, lindantes con la psicosis, cuyo origen tendría que ver con que el paciente no haya recibido dinero bueno sino dinero malo (falso) en sus primeras experiencias.

Así, el paciente sigue sintiéndose abandonado y pendiente de la deuda que el mundo tendría para con él. Veamos ahora un fragmento de sesión que tal vez pueda servir de referente.

Fragmento de sesión (otro más)

—Usted siempre se la pasa esperando algo de mí, como si yo fuese su madre nutricia.

—Pero, licenciado, si yo recién le pagué y estoy esperando el vuelto.

—Ahora usted se siente su mamá acabando de nutrirme y esperando que yo, que vendría a ser usted niño, haga un provechito como devolución.

—No, no es eso lo que espero.

—Ah, entonces su mamá, o sea usted, piensa que usted, o sea yo, no le va a dar el vuelto, que me voy a quedar con él, o sea que usted no le va a dar el vuelto a mamá.

—No, mamá, no me quiero quedar con el vuelto, tomá.

—Gracias, señor Rodríguez. ¿La seguimos en la próxima, eh?

—Pero, mamita, digo, licenciado...

—Cállese o ya va a ver cuando venga papito. Y ahora, acuéstese en el diván, que está en penitencia.

—Licenciado, ¿puedo hablar?

—Pero usted me pregunta como si yo fuera su madre. Usted sabe que acá puede hablar .

—Lo que pasa, licenciado, es que estoy confundido con esto del pago y el vuelto.

—Usted intenta entrar en confusión, porque le da envidia pagarme.

—Evidia y gratitud.

—Tótem y tabú.

—Duelo y melancolía.

—Los instintos y sus destinos.

—El chiste y su relación con el inconsciente.

—Bueno, con este juego de repetir obras de psicoanalistas usted se está comportando como si fuéramos dos niños, hijos de psicoanalistas. La seguimos en la próxima, corto mano corto fierro.

Otro punto que debe ser tratado es el de la transferencia. En este caso, se trata concretamente de la transferencia de dinero. Hablamos particularmente del paciente que actúa como si su analista fuera un proveedor y le paga con un cheque.

Nuevamente, lectores, les solicito el esfuerzo de soportar el fragmento de una sesión.

—Usted de alguna manera trata de introducirse en mi vida entregándome un cheque con su firma, que de alguna manera es usted mismo, identificado.

—Pero no, licenciado, ese cheque no lleva mi firma. Me lo acaban de pagar a mí.

—O sea que propone usted la presencia de un tercero, de alguien que lo ayude, como para demostrarme que usted no puede hacerse cargo del tratamiento por sus propios medios, que tiene que haber otro que lo banque.

—Pero, licenciado, el dinero es mío, el cheque me lo dieron por un trabajo que hice.

—Sí, sí, está todo muy claro, los símbolos saltan a la vista. El dinero es suyo, pero usted no quiere ni tocarlo, ¿no? Es como si fuese caca para usted. Entonces me entrega un cheque. Pulcro, nuevecito, flamante. total, después me ensucio yo al cobrarlo, ¿no? Es como que usted no se hace cargo de su materia fecal, y quiere que yo me ensucie y la tire por el inodoro.

—Pero no, licenciado, ¿cómo iba a querer yo ensuciarlo? No tire el cheque al inodoro, que es bueno, tiene fondos.

—Sí, claro, usted lo que quiere es que yo retenga el cheque, es muy claro su intento anal-retentivo.

—Pero, licenciado, no es para tanto. si quiere lo cobro yo mismo. Lo que pasa es que en este momento no tengo efectivo.

—No "soy" efectivo, no "soy" efectivo. Usted nunca fue efectivo, siempre repite esa imagen de inútil con que su abuelita lo invistió de niño.

—A mí no me vestía mi abuelita. Mire, si es tanto lío, le pago en dólares y listo.

—¿Vio? ¿Vio que usted podría proponer otra solución? ¡Venga el money, vamos!

Así es, la transferencia debe ser interpretada siempre, para evitar repeticiones.

Los puntos de acuerdo acerca del pago en psicoanálisis se agotan aquí. Hay muchos otros aspectos dignos de ser tratados. Si esto ocurre me sentiría bien pagado.

Historia del pago en análisis

Para comprender la conflictiva actual referida al "pago" en análisis, y la discusión que se genera entre las distintas escuelas para ver quién cobra más, es importante conocer, así lo creo yo, la historia del pago en análisis, llamándose pago no al pueblo en el que uno ha nacido, sino a la cantidad de dinero que se le entrega al analista mes a mes, a cambio de... a cambio de, bueno, no toda entrega de dinero implica necesariamente cambios.

Hagamos entonces un breve pero muy extenso recorrido por la historia de esta cuestión: pagar o no pagar, o, mejor aún, ¿cuánto pagar?

Primeras aproximaciones

Hay quienes dicen que el psicoanálisis pago empezó con Freud, que antes los analistas no cobraban por sus consultas. Otros discuten directamente la existencia de los "prefreudianos", afirmando que se trataba de alucinaciones de pacientes que deseaban desesperadamente analizarse pero no tenían con quién. Nosotros preferimos coincidir con investigadores como Wolfgang Apfelstrudell, quien, en su libro *Patienten über alles* citado en el artículo "La crisis del psicoanálisis") nos dice que: "Antes de Freud era muy difícil conseguir analista".[1]

De todas maneras, los primeros indicios de labor psicoanalítica, y, por cierto, paga, los encontramos en el antiguo Egipto. Fue allí donde José, esclavo hebreo, le interpretó los sueños al faraón, y éste le pagó otorgándole la libertad.[2] Algunos se oponen a ver en esta práctica un ejercicio del psicoanálisis, ya que, dicen, José no le pidió al faraón asociaciones acerca del sueño, sino que se limitó a interpretar el contenido manifiesto; hasta hay quienes suponen que lo de José fue pura sugestión.

Por esta acción, José es recordado como el creador del psicoanálisis. Sin embargo, hay quienes otorgan dicha creación al padre de José, Jacob (o Jacques, en francés),quien habría sido el autor de los primeros escritos del tema. Quienes siguen esta línea aclaran que los escritos de Jacob eran absolutamente incomprensibles por haber sido redactados en arameo antiguo, y que fue Alain, yerno de Jacob, quien los tradujo e hizo inteligibles para la humanidad. Este tema, a pesar de haber pasado varios milenios, se sigue discutiendo.

Veamos, entonces: hay quienes dicen que el creador del psicoanálisis fue José. Otros dicen que fue su padre, Jacob. Otros, que fue su cuñado Alain, esposo de Judith, quien llevó el mensaje de Jacob. Finalmente hay quienes comentan que en esos días pasaba por Egipto otro profeta hebreo, Sigmund, y que José tomaba clases con él.

Pero si José fue quien introdujo el psicoanálisis en Egipto, y el primero en percibir honorarios por dicha práctica, será luego Moisés quien desarrolle una verdadera revolución al provocar el éxito de todos los analistas[3], a causa de lo bajo que se abonaban las sesiones, producto de un decreto faraónico dictado en un momento de gran resistencia.

Sin embargo, el faraón no quería que los analistas abandonasen Egipto, ya que estaba en transferencia con uno de ellos. Tampoco aceptaba aumentarles los honorarios. En una de las reuniones de la EPA (Egyptian Psicoanalitic Association), se dijo que "si los analistas no pueden fijar la suma de honorarios que perciben, quedan encadenados a los caprichos del faraón y, desde lo simbólico, son esclavos". Fue Moisés quien decidió el camino de la liberación, estimulando la llegada de las diez plagas inconscientes, entre las que se encontraban el masoquismo, el sadismo, la repetición de sueños hasta el hartazgo, las alucionaciones, la fobia, la anorexia, la bulimia, y hasta la castración del hijo mayor. Angustiado hasta la depresión más profunda, ansioso, temeroso, el faraón tomó una doble decisión: expulsó a los analistas de Egipto, y, a la vez, les permitió que se fueran. Ese faraón fue conocido como "Psicopathón, el ciclotímico". La única condición que exigió a cambio fue que se le diese el alta.

Los hechos producidos por Moisés marcan una verdadera divisoria de aguas en la historia del psicoanálisis pago. Durante 40 años los analistas vagaron por el desierto, rumbo a la "teoría topográfica prometida", ya que se sentían, a partir de lo dicho por Moisés, parte de una "profesión elegida", destinada a regir los destinos inconscientes de la humanidad. Para impedir que se desarrollasen diferentes líneas teóricas, clínicas y religiosas. Moisés legó a los analistas las "diez reglas básicas para el ejercicio de la profesión", conocidas dentro del gremio como "los diez mandamientos". Citamos algunos: "No interpretarás la transferencia en vano", "No codiciarás a los pacientes de tu prójimo", "Honrarás a tus padres, más allá de cualquier sentimiento edípico", "No sugestionarás", "Cobrarás las sesiones a las que el paciente no concurra", "Del uno al cinco cobrarás, y luego indexarás", etc.

El psicoanálisis fue evolucionando con los hebreos, pero no quiero dejar de señalar algunas de las marcas de su influencia que quedaron registradas en Egipto: para empezar, las pirámides son un claro rasgo de la preminencia del falo en la sociedad. Y, además, el famoso templo de la diosa Psiquis, muy frecuentemente visitado por los fieles, que permanecían durante 50 minutos, y pagaban también por las ceremonias a las que no concurrían.

Por el lado de los hebreos, recordemos el episodio de Sansón, quien pierde sus fuerzas, o sea se deprime, al serle interpretado el corte de pelo como símbolo de la castración. Luego David, quien logra vencer al gigante Goliat con el solo empleo de una interpretación precisamente disparada, que causó el efecto de una piedra mortal. Tomemos luego a Salomón, a quien concurrieron a ver dos mujeres a la misma hora, y cada una decía que ése era su horario de sesión. Salomón dijo entonces que quien era la paciente de esa hora tendría que pagarla, provocando el renunciamiento altruista de ambas mujeres.

Además, tuvieron un especial papel en la difusión de la práctica analítica, ya que fueron invadidos por casi todos los pueblos del mundo, que acudían a Judea en búsqueda del supuesto saber de los hebreos, los que enseguida les interpretaban la invasión como un recurso proyectivo para evitar la angustia, que en realidad no querían invadirlos, y que por qué mejor no se volvían a sus respectivos lugares, no sin antes abonarles la sesión.

[1] Por otro lado, da prestigio coincidir con un investigador de apellido alemán.

[2] Extraña paradoja de la condición humana: ¿cómo puede ser visto esto del analista esclavo de sus pacientes, que obtiene la libertad a partir de interpretaciones exitosas?

[3] En los textos bíblicos e históricos se habla del éxodo de los hebreos, lo que tampoco es una falsedad, ya que en esa época casi todos los analistas eran de ese origen.





udy

coanalistas. La seguimos en la próxima, corto mano corto fierro.

Otro punto que debe ser tratado es el de la transferencia. En este caso, se trata concretamente de la transferencia de dinero. Hablamos particularmente del paciente que actúa como si su analista fuera un proveedor y le paga con un cheque.

Nuevamente, lectores, les solicito el esfuerzo de soportar el fragmento de una sesión.

—Usted de alguna manera trata de introducirse en mi vida entregándome un cheque con su firma, que de alguna manera es usted mismo, identificado.

—Pero no, licenciado, ese cheque no lleva mi firma. Me lo acaban de pagar a mí.

—O sea que propone usted la presencia de un tercero, de alguien que lo ayude, como para demostrarme que usted no puede hacerse cargo del tratamiento por sus propios medios, que tiene que haber otro que lo banque.

—Pero, licenciado, el dinero es mío, el cheque me lo dieron por un trabajo que hice.

—Sí, sí, está todo muy claro, los símbolos saltan a la vista. El dinero es suyo, pero usted no quiere ni tocarlo, ¿no? Es como si fuese caca para usted. Entonces me entrega un cheque. Pulcro, nuevecito, flamante. total, después me ensucio yo al cobrarlo, ¿no? Es como que usted no se hace cargo de su materia fecal, y quiere que yo me ensucie y la tire por el inodoro.

—Pero no, licenciado, ¿cómo iba a querer yo ensuciarlo? No tire el cheque al inodoro, que es bueno, tiene fondos.

—Sí, claro, usted lo que quiere es que yo retenga el cheque, es muy claro su intento anal-retentivo.

—Pero, licenciado, no es para tanto. si quiere lo cobro yo mismo. Lo que pasa es que en este momento no tengo efectivo.

—No "soy" efectivo, no "soy" efectivo. Usted nunca fue efectivo, siempre repite esa imagen de inútil con que su abuelita lo invistió de niño.

—A mí no me vestía mi abuelita. Mire, si es tanto lío, le pago en dólares y listo.

—¿Vió? ¿Vio que usted podría proponer otra solución? ¡Venga el money, vamos!

Así es, la transferencia debe ser interpretada siempre, para evitar repeticiones.

Los puntos de acuerdo acerca del pago en psicoanálisis se agotan aquí. Hay muchos otros aspectos dignos de ser tratados. Si esto ocurre me sentiría bien pagado.

Historia del pago en análisis

Para comprender la conflictiva actual referida al "pago" en análisis, y la discusión que se genera entre las distintas escuelas para ver quién cobra más, es importante conocer, así lo creo yo, la historia del pago en análisis, llamándose pago no al pueblo en el que uno ha nacido, sino a la cantidad de dinero que se le entrega al analista mes a mes, a cambio de... a cambio de, bueno, no toda entrega de dinero implica necesariamente cambios.

Hagamos entonces un breve pero muy extenso recorrido por la historia de esta cuestión: pagar o no pagar, o, mejor aún, ¿cuánto pagar?

Primeras aproximaciones

Hay quienes dicen que el psicoanálisis pago empezó con Freud, que antes los analistas no cobraban por sus consultas. Otros discuten directamente la existencia de los "prefreudianos", afirmando que se trataba de alucinaciones de pacientes que deseaban desesperadamente analizarse pero no tenían con quién. Nosotros preferimos coincidir con investigadores como Wolfgang Apfelstrudell, quien, en su libro *Patienten über alles* citado en el artículo "La crisis del psicoanálisis") nos dice que: "Antes de Freud era muy difícil conseguir analista".[1]

De todas maneras, los primeros indicios de labor psicoanalítica, y, por cierto, paga, los encontramos en el antiguo Egipto. Fue allí donde José, esclavo hebreo, le interpretó los sueños al faraón, y éste le pagó otorgándole la libertad. [2] Algunos se oponen a ver en esta práctica un ejercicio del psicoanálisis, ya que, dicen, José no le pidió al faraón asociaciones acerca del sueño, sino que se limitó a interpretar el contenido manifiesto; hasta hay quienes suponen que lo de José fue pura sugestión.

Por esta acción, José es recordado como el creador del psicoanálisis. Sin embargo, hay quienes otorgan dicha creación al padre de José, Jacob (o Jacques, en francés),quien habría sido el autor de los primeros escritos del tema. Quienes siguen esta línea aclaran que los escritos de Jacob eran absolutamente incomprensibles por haber sido redactados en arameo antiguo, y que fue Alain, yerno de Jacob, quien los tradujo e hizo inteligibles para la humanidad. Este tema, a pesar de haber pasado varios milenios, se sigue discutiendo.

Veamos, entonces: hay quienes dicen que el creador del psicoanálisis fue José. Otros dicen que fue su padre, Jacob. Otros, que fue su cuñado Alain, esposo de Judith, quien llevó el mensaje de Jacob. Finalmente hay quienes comentan que en esos días pasaba por Egipto otro profeta hebreo, Sigmund, y que José tomaba clases con él.

Pero si José fue quien introdujo el psicoanálisis en Egipto, y el primero en percibir honorarios por dicha práctica, será luego Moisés quien desarrolle una verdadera revolución al provocar el éxito de todos los analistas[3], a causa de lo bajo que se abonaban las sesiones, producto de un decreto faraónico dictado en un momento de gran resistencia.

Sin embargo, el faraón no quería que los analistas abandonasen Egipto, ya que estaba en transferencia con uno de ellos. Tampoco aceptaba aumentarles los honorarios. En una de las reuniones de la EPA (Egyptian Psicoanalitic Association), se dijo que "si los analistas no pueden fijar la suma de honorarios que perciben, quedan encadenados a los caprichos del faraón y, desde lo simbólico, son esclavos". Fue Moisés quien decidió el camino de la liberación, estimulando la llegada de las diez plagas inconscientes, entre las que se encontraban el masoquismo, el sadismo, la repetición de sueños hasta el hartazgo, las alucionaciones, la fobia, la anorexia, la bulimia, y hasta la castración del hijo mayor. Angustiado hasta la depresión más profunda, ansioso, temeroso, el faraón tomó una doble decisión: expulsó a los analistas de Egipto, y, a la vez, les permitió que se fueran. Ese faraón fue conocido como "Psicopathón, el ciclotímico". La única condición que exigió a cambio fue que se le diese el alta.

Los hechos producidos por Moisés marcan una verdadera divisoria de aguas en la historia del psicoanálisis pago. Durante 40 años los analistas vagaron por el desierto, rumbo a la "teoría topográfica prometida", ya que se sentían, a partir de lo dicho por Moisés, parte de una "profesión elegida", destinada a regir los destinos inconscientes de la humanidad. Para impedir que se desarrollasen diferentes líneas teóricas, clínicas y religiosas. Moisés legó a los analistas las "diez reglas básicas para el ejercicio de la profesión", conocidas dentro del gremio como "los diez mandamientos". Citamos algunos: "No interpretarás la transferencia en vano", "No codiciarás a los pacientes de tu prójimo", "Honrarás a tus padres, más allá de cualquier sentimiento edípico", "No sugestionarás", "Cobrarás las sesiones a las que el paciente no concurra", "Del uno al cinco cobrarás, y luego indexarás", etc.

El psicoanálisis fue evolucionando con los hebreos, pero no quiero dejar de señalar algunas de las marcas de su influencia que quedaron registradas en Egipto: para empezar, las pirámides son un claro rasgo de la preminencia del falo en la sociedad. Y, además, el famoso templo de la diosa Psiquis, muy frecuentemente visitado por los fieles, que permanecían durante 50 minutos, y pagaban también por las ceremonias a las que no concurrían.

Por el lado de los hebreos, recordemos el episodio de Sansón, quien pierde sus fuerzas, o sea se deprime, al serle interpretado el corte de pelo como símbolo de la castración. Luego David, quien logra vencer al gigante Goliat con el solo empleo de una interpretación precisamente disparada, que causó el efecto de una piedra mortal. Tomemos luego a Salomón, a quien concurrieron a ver dos mujeres a la misma hora, y cada una decía que ése era su horario de sesión. Salomón dijo entonces que quien era la paciente de esa hora tendría que pagarla, provocando el renunciamiento altruista de ambas mujeres.

Además, tuvieron un especial papel en la difusión de la práctica analítica, ya que fueron invadidos por casi todos los pueblos del mundo, que acudían a Judea en búsqueda del supuesto saber de los hebreos, los que enseguida les interpretaban la invasión como un recurso proyectivo para evitar la angustia, que en realidad no querían invadirlos, y que por qué mejor no se volvían a sus respectivos lugares, no sin antes abonarles la sesión.

[1] Por otro lado, da prestigio coincidir con un investigador de apellido alemán.

[2] Extraña paradoja de la condición humana: ¿cómo puede ser visto esto del analista esclavo de sus pacientes, que obtiene la libertad a partir de interpretaciones exitosas?

[3] En los textos bíblicos e históricos se habla del éxodo de los hebreos, lo que tampoco es una falsedad, ya que en esa época casi todos los analistas eran de ese origen.



EL LOCO DE LOS MEDANOS

7. En el cementerio

Por Guillermo Saccomanno

Diciembre y enero se habían presentado inestables y lluviosos. En los primeros días del año hubo una sudestada que se prolongó una semana entera. Los turistas, fastidiados y ateridos, fueron acorralados por el vendaval en sus cuartos de hotel y pensión. En la playa podían verse las olas gigantescas, amenazadoras, como garras espumosas. El agua traspasó las carpas con la lona levantada, bañó sus esqueletos de madera y alcanzó los pilotes de los balnearios y sus bares. El temporal empezó a amainar. Y finalmente ese lunes que amaneció limpio, luminoso y fresco, el amigo Nando me llevó al cementerio en su camioneta de reparto de pan y factura, una IKA blanca, con la carrocería desvencijada.

Hacía unas tardes, en la alameda, había conversado con Juana Gesell de Soria, la otra hija del Viejo que vive en la villa, y con su marido Don Roberto. *Con Don Carlos chocamos muchas veces,* me había dicho. *Don Carlos, para que se dé una idea, era como el mar. Por eso encajaba en el ambiente. Pero era derecho. Bravo pero derecho. A su hijo Roberto le regaló el acuario. Se lo compró. Y cuando Roberto se fundió, se lo compró y se lo volvió a regalar. Así era Don Carlos. Por eso no se mereció ese juicio. Si quiere historias sobre Don Carlos tiene que verlo a Dorrego. El trabajó con Don Carlos. Desde chico, a los quince años empezó Dorrego a trabajar de peón con Don Carlos.* Le pregunté dónde podía ubicar a Dorrego. *En el cementerio,* me contestó sonriendo Don Roberto. *Dorrego es el cuidador del cementerio.*

El cementerio de la villa está pasando el aeropuerto, camino a Juancho. Un campo verde, arbolado, que ocupa una extensión de tres o cuatro manzanas, suficiente para albergar sus no más de mil quinientos muertos. Si no fuera por las tumbas y, a un lado, a la derecha, una galería de nichos, el lugar sería igual al campo verde y desierto que lo rodea. Franqueando la entrada, las primeras lápidas y cruces llevan apellidos que delatan la procedencia de los primeros habitantes de la villa: Lemke, Ploetz, Mohnen, Fietkau, Bareiss, Horowitz, Junker. A unos pocos pasos, más allá, bajo la sombra de los pinos funerarios, una placa rectangular de mármol negro, acostada vertical, grande y brillante, tiene la inscripción del Viejo Gesell y Doña Emilia, sepultados juntos. En el frescor de la sombra había un perfume dulzón, aunque tal vez el perfume era el olor del viento, el viento suave de esa mañana, que olía a pasto, árboles y tierra mojada después de la tormenta.

Frente a una de las construcciones que sirven de despacho burocrático y de depósito de mantenimiento, un hombre joven nos dijo que su padre estaba siguiendo aquel camino, detrás de aquellos pinos. Dorrego tiene algo más de sesenta años. Es un criollo de estatura media, pero parece más bajo porque está encorvado, como si hubiera quedado así de tanto palear agachado. Y esta mañana estaba paleando, con una pala cespera mocha, recortando los bordes del césped en los caminos de tierra y arena. Se acordaba de Nando. Y una vez más comprobé que para obtener información en la villa había que moverse con un lugareño. De piel cetrina, pelo crespo, los ojos como ranuras en un rostro curtido que alguna vez había sido más anguloso, Dorrego es un hombre que, a los sesenta, todavía tiene resto para seguir paleando. Su energía pareciera estar como agazapada, de reserva para alguna astucia física. Esa mañana vestía una camisa blanca, unos breeches verde oliva desteñido y zapatillas. Montó un pie sobre la pala. Y buscó el atado de Jockey en un bolsillo. Y al hacer un movimiento para encontrar el encendedor, al apartar el brazo del cuerpo, vi el faconcito de plata que apretaba el cinto.

—Sí, yo tenía quince años cuando empecé con Don Carlos —dijo Dorrego—. Ganábamos dos pesos con cincuenta, más de lo que pagaban en Pinamar. Dos con cincuenta y la comida. Se trabajaba ocho horas. Y uno ahorraba, claro. ¿En qué se podía gastar acá? Yo era chico. Y mi diversión era los domingos. Iba a un camión roto, enterrado en la arena y me subía. El camión estaba quieto, parado. Pero yo me hacía la ilusión de que viajaba. Era otra época.

Al pitar, Dorrego miraba a un costado.

—Y sí, Don Carlos era un buen patrón. Pero nos exigía. Me acuerdo que íbamos a los médanos con una regadera, regando a mano las plantas. Había que subirlos algunos médanos. Como el Gateado. Le decíamos el Gateado por el Gateado de la Divina Providencia, un caballo atigrado, famoso en Madariaga por lo chúcaro. Para subirse a ese caballo a uno tenía que ayudarlo la Divina Providencia. Lo mismo al médano. A veces, me acuerdo, Don Carlos me golpeaba el mentón. El hombre debe mirar para arriba, me decía. Sin embargo, una vez hubo una huelga. Se le hizo una huelga, sí. Pero yo me quedé. Fui a verlo a Don Carlos y le dije que yo no estaba de acuerdo con la huelga. Los otros se fueron. Pero yo me quedé. Y él y Doña Emilia me ayudaron mucho. Me acuerdo que a veces me golpeaba el mentón Don Carlos. Y me decía: El hombre debe mirar para arriba, Dorrego. Le había comprado un lote, pensé poner una chacra y pagarle con lo que sacara. Planté remolacha, acelga, tomates, zapallos, zanahorias. Pero la verdura no me crecía. Y un día fui a verlo a Don Carlos a la oficina y le dije de nuevo que no le podía pagar el terreno porque no había sacado nada. Y Don Carlos se fue a la biblioteca y me mostró un libro que tenía figuritas y fotos de tomates, remolachas, zapallos, zanahorias. Yo tenía que leer, se enojó. Tiene que estudiar, Dorrego. Pero, ¿cuándo iba a estudiar yo? Después salió de la oficina y volvió con un repollo. Era un repollo de este tamaño, el más grande que vi en mi vida. Lo había plantado su hija Juanita. ¿Cómo mi hija, que es una chica, puede sacar este repollo y usted no, Dorrego? Lo que soñé yo con ese repollo. Don Carlos no me retaba. Me enseñaba. Y otra vez tampoco le pude pagar porque me había caído la piedra en la quinta. El maíz estaba todo tirado. Y Don Carlos vino a verlo. Y me agarró del cuello. Y me dijo que yo era un haragán, que no quería trabajar. Usted tiene miedo que le quite la quinta, Dorrego. La quinta es suya. A mí me ayudaron mucho Don Carlos y Doña Emilia. Me ayudaron a comprarme primero el sulky y la camionetita. Era bueno Don Carlos. Pero cuando se ponía furioso más valía salir disparando. No le gustaba ni el cigarrillo ni la bebida. Y tomaba ese vinagre de manzana con miel. Pruébelo, Dorrego, me decía. Pero a mí me gustaba tomarme mi copita. A veces, con Bubi, su hijo, nos tomábamos unas copitas. Una pena cómo murió ese hombre. El Bubi le tomaba. Y Don Carlos lo echó. Pero no quiero hablar de más.



JUEGOS

ENIGMA

Duro es el trabajo del vendedor que protagoniza esta historia. Su día transcurre visitando clientes a fin de venderles telas con nuevos y originales estampados. Descubra qué confecciona cada cliente, qué estampado compró y cuántos metros.

		CONFECCION					ESTAMPADO					METROS				
		Batones	Calzoncillos	Camisas	Gorros	Pijamas	Bastones	Búlgaro	Cuadros	Flores	Marino	1000	2000	3000	4000	5000
CLIENTE	Díaz															
	Gauna															
	López															
	Rey															
	Sosa															
METROS	1000															
	2000															
	3000															
	4000															
	5000															
ESTAMPADO	Bastones															
	Búlgaro															
	Cuadros															
	Flores															
	Marino															

1. Con Gauna y Sosa el vendedor ganó mayor comisión que con los que compraron estampados a bastones, cuadros y flores.
2. La preocupación de los que confeccionaban batones y gorros era que la tela no encogiera, en tanto que Díaz, Gauna y Rey, que no destiñera.
3. A Sosa y al que escogió el tema marino les concedió mayor plazo por ser los que más le compraron.
4. Los que eligieron bastones y flores operaron en cuenta corriente, y el que compró 1000 metros los abonó al contado.
5. Quien fabricaba pijamas y el que adquirió 5000 metros eran cuñados.
6. El que escogió cuadros, Rey y el que hacía camisas compraron más cantidad de tono rojo que otros tonos.
7. Gauna y los que confeccionaban calzoncillos y camisas tenían venta al público. Los otros dos no.
8. Quien fabricaba batones empleaba más personal que López.
9. El que eligió bastones compró más metros que el que confeccionaba calzoncillos.

MINI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas.

Que tiene aspecto de gato (pl.)		Autillo nocturno	Volver a cocer	Tiempo, período		Dar sazón a un manjar		Hombre afeminado (pl.)	
Relativos al fuero	→ ↓	↓	↓	↓			↓	Marcha de los equinos	↓
Fluido sutil, aire	→				Moneda de Italia (pl.)	Dignatario musulmán →		↓	
Emplazar, situar	→				↓				
		Cocine a las brasas		Piedra del altar		Onda marina →			
Que tienen brillo de nácar	→	↓		↓					
Cueva del oso	→					Río de Paraguay →			
Existirás	→					Ganado vacuno →			

AYUDAS: Foreros, Sarasas

SOLUCIONES

Díaz, camisas, bastones, 3000.
Gauna, pijamas, marino, 4000.
López, gorros, cuadros, 1000.
Rey, calzoncillos, flores, 2000.
Sosa, batones, búlgaro, 5000.

FOREROS■S
ETER■■AGA
LOCALIZAR
I■O■I■OLA
NACARINOS
OSERA■APA
SERAS■RES

1925